

Domingo electoral

No carecen de importancia los resultados en ninguna de las siete entidades donde hay comicios en esta fecha, pero aquí se subraya la relevancia de lo que ocurra en Michoacán, donde el PRD puede ganar su primera gubernatura; y Puebla, donde la sociedad encarará a su gobernador.



LA JORNADA ELECTORAL DE HOY PUEDE CONCLUIR con la obtención de la primera gubernatura para el Partido de la Revolución Democrática y los ayuntamientos de dos nuevas capitales estatales para Acción Nacional. Ese es, a mi juicio, el principal rasgo distintivo de los resultados esperables en la intensa jornada que abarca siete entidades de la República, pues en un sistema de partido dominante casi único, que por haber nacido desde el poder lo ha ejercido por un periodo prolongadísimo, lo relevante es la disminución de los espacios controlados por ese partido. No asistiremos, esta noche, a la debacle priísta, pues el gobierno y su partido se benefician de la inercia, de su capacidad organizativa y de la simbiosis que los ata (y da al PRI ventajas eminentes e ilegítimas). Pero es seguro que los votantes recorten considerablemente la cuota de poder que ha mantenido el priísmo en las últimas décadas.

Se efectuarán en Michoacán elecciones para gobernador, legislatura local y ayuntamientos. En Puebla, Sinaloa y Tamaulipas, se elegirán diputados y cabildos; en Oaxaca sólo se renovarán las presidencias municipales, y en Tlaxcala tocará el turno únicamente a la elección más desangelada, la que corresponde al Congreso local, pues mientras el Poder Legislativo de cada entidad sea mero adorno, como lo es hasta ahora, al público en general interesar poco su integración.

En total, estarán en disputa 6 mil 250 cargos, en comicios cuya organización y vigilancia correrá a cargo de consejos electorales reformados para dar peso determinante a miembros ajenos a los partidos. Dicha ciudadanización, sin embargo, se expresa desigualmente porque la tendencia controladora del Estado no se bate en retirada fácilmente, y los operadores políticos gubernamentales se las arreglan para impedir o matizar las capacidades de los consejeros electorales independientes, por la errónea creencia de que de su actuación se derivan resultados adversos para el PRI. Los habrá en mayor o menor medida en todas las entidades donde están hoy abiertas las urnas, pero ese efecto no es producido por la naturaleza del órgano electoral, sino por factores internos del partido mismo y la fatiga que una práctica gubernamental crecientemente ineficiente ha provocado en los electores.

Michoacán es el escenario de la contienda más completa el día de hoy, tanto por la cantidad de los cargos en disputa como por la semejanza de condiciones en que aparecen las tres fuerzas políticas principales del país. Si en el ámbito nacional no se precipita una crisis institucional en las próximas semanas, que haga que el país dé un vuelco, y por lo tanto se mantienen las líneas torales del sistema de partidos como lo conocemos hoy, puede afirmarse que la campaña electoral michoacana (no necesariamente sus resultados) es un anticipo del género de batallas cívicas que presenciaremos en adelante, así en los campos locales como en el federal.

En efecto, contrariamente al bipartidismo que, con diversos componentes, ha ido configurándose en otros procesos electorales, en Michoacán se advierte una fuerte presencia de tres partidos, y es realmente impredecible no sólo quién se alzará con el triunfo, sino cuál será la posición relativa de cada uno de los miembros de esa triada. La singular historia electoral reciente de Michoacán explica esa peculiaridad.

El predominio del partido gubernamental en esa entidad fue levemente atenuado a partir de 1946 por el Partido Acción Nacional, que construyó allí uno de sus espacios más afortunados, hasta que en 1988 el cardenismo desplazó a esos protagonistas electorales y se convirtió de golpe en la primera fuerza política del estado. Las elecciones de entonces fueron copadas por la corriente encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas, que dos años atrás había concluido su periodo como gobernador, gestión que sirvió de cimiento a la edificación de un poderoso baluarte propio, tan pronto dejó el partido oficial. Doce de las trece diputaciones federales y las dos senadurías fueron hace siete años para los partidos agrupados bajo la égida cardenista en el Frente Democrático Nacional.

Aunque ese frente duró lo que un suspiro, el cardenismo conservó en Michoacán una presencia que permitió al Partido de la Revolución Democrática, nacido en mayo de 1989, hacer en julio siguiente su primera aparición electoral con buenos resultados, pues los cargos en juego entonces se dividieron, en medio de trifulcas, en casi dos partes iguales, para el PRI y el PRD. Acción Nacional quedó a partir de entonces en un discreto tercer lugar. Si bien mejoró el año pasado su volumen de votación en forma significativa, el panismo siguió hasta la campaña que ahora culmina desempeñando el papel que en otras entidades toca ejercer al PRD: el de un modesto tercero en discordia con una participación marginal, o ca-

si, en los ayuntamientos y las legislaturas locales. En efecto, de los 113 municipios michoacanos, actualmente el PRI gobierna en 64, el PRD en 42 y el PAN sólo en cinco.

Si las proporciones derivadas de ese reparto de gobiernos municipales se conservaran mecánicamente después de tres años, no habría duda para el pronóstico. Pero amén de las transformaciones en la opinión política nacional durante los meses recientes, por efecto del agudizamiento de la crisis, en Michoacán ha habido peculiaridades que tornaron complejo un panorama desprovisto ya desde hace tiempo de la simpleza del partido único. En cada uno de los tres partidos principales se han suscitado acontecimientos que afectarán sus resultados de hoy, para bien o para mal según el ca-



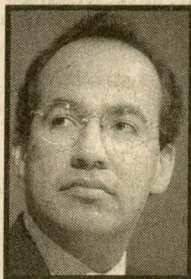
El senador Víctor Manuel Tinoco, candidato priísta a la gubernatura de Mi-

choacán convirtió su tragedia política (la caída del gobernador a quien servía) en el punto de arranque de una carrera que puede llevarlo a la gubernatura.

so. Algunas de esas circunstancias se condensan en la biografía y la personalidad política de los candidatos, por lo que cabe recordarlas sintéticamente.

El senador Víctor Manuel Tinoco, postulado por el PRI, ha sido profeta en su tierra sólo en los últimos seis años. Se formó como abogado en la UNAM y sirvió diversas responsabilidades en la administración federal, con residencia en la ciudad de México. Sólo cuando el ingeniero Luis Martínez Villicaña, de historial semejante, se convirtió en gobernador de Michoacán, pudo Tinoco volver a su tierra, en el modesto cargo de director de prensa. Su jefe tuvo que renunciar en diciembre de 1988, y en esa coyuntura adversa una combinación de azar y determinación propia convirtió en favorable el sino de Tinoco, que en circunstancias normales debía haberse retirado de nuevo a la capital del país, tras la triste huella de Martínez Villicaña.

Diputado local en la agitada legislatura elegida en 1989, Tinoco se erigió en líder de la precaria mayoría alcanzada entonces por el PRI y su tarea lo puso en situación de disputar la senaduría en la elección de 1991, que ganó como parte de la colosal recuperación que su partido tuvo en todo el país, y aun en ese enclave cardenista. No pertenece, pues, a los grupos tradicionales priístas, que se



Aun si no obtiene el triunfo, el ex secretario general del Partido Acción Nacio-

nal, Felipe Calderón, ganó ya para su partido un espacio mucho mayor del que tuvo en las décadas anteriores a la efusión del cardenismo electoral.

han formado por su adscripción a un ex gobernador que conserve posiciones (lo cual no es el caso de Martínez Villicaña) o por su paso por la Universidad de San Nicolás de Hidalgo. Su postulación en esas condiciones pudo acaso ofender a esos grupos, pero eso no parece haberles impedido sumarse a la campaña de Tinoco. Algunos precandidatos perdidosos, como el ex diputado Ascensión Orihuela, fueron eficaces participantes en esa campaña, como delegado de la Secretaría de Agricultura encargado de entregar los cheques de Procampo en consonancia con la gira de su candidato. También solidarios con éste, los diputados federales michoacanos, por su parte, se aprestaban según indicios claros, a trocar regalos por votos: la oficina que mantienen en Morelia estaba repleta en

las vísperas electorales de mercancía diversa y abundante que, por no corresponder a la bodega de un establecimiento comercial, sugería más bien la práctica de viejas costumbres del populismo dadivoso, que abusa de la indigencia para encauzar el sufragio.

Crístóbal Arias fue priísta hasta 1987, en que siguió a su jefe político Cuauhtémoc Cárdenas en su paso a la oposición. Líder del partido oficial, diputado al Congreso de la Unión y secretario de gobierno durante el régimen de Cárdenas, fue después, ya opositor, dos veces senador y otra más diputado. De los tres principales contendientes, es quien durante más tiempo ha vivido en Michoacán, de donde ha salido casi sólo por sus funciones legislativas. Junto con el doctor Roberto Robles Garnica representó a Michoacán en el Senado en 1988 y desde entonces se planteó entre ambos una disputa por el liderazgo perredista en esa entidad que culminó este año en un atroz enfrentamiento por la candidatura al gobierno estatal.

La movilización de una gran masa de militantes perredistas y la capacidad de organización de ese partido en la contienda interior quedaron nubladas por la negativa de Robles Garnica a admitir el triunfo de Arias. Aunque no llegó a formular un llamamiento separatista, las denuncias del aspirante derrotado contra el victorioso, y su propio apartamiento de la campaña produjeron un daño al PRD cuya verdadera magnitud podrá medirse hoy en las urnas. Es verdad que el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, consciente de las implicaciones del resultado michoacano para la vida general de su partido, colocó su considerable peso político y moral en favor de Arias, cuya candidatura no le simpatizaba. También hoy se verá (aunque por supuesto no sea ese el único factor presente en el cuadro general) a qué punto fue eficaz su intervención para mover a los partidarios de Robles Garnica a deponer su despecho y sufragar por Arias.

Felipe Calderón constituyó la sorpresa de la temporada. Pudo no sólo recuperar para el PAN la presencia que había tenido en épocas pretéritas, sino que la superó con creces, si se juzga por el tamaño de su gira, el de su mitin de cierre de campaña y por las cifras de las encuestas. Ninguna lo da como ganador, pero todas dan cuenta de un sustancial crecimiento de sus posibilidades. Si triunfara, el ex secretario general de su partido habría cosechado no sólo el fruto de su esfuerzo personal (pues realizó una campaña inteligente y activa, más basada en la exaltación de los defectos ajenos que en las virtudes propias), sino también en la prosperidad general de su partido, que vive uno de sus años de vacas gordas.

El PAN, en efecto, ha ganado este año tres de las cuatro gubernaturas en disputa (y además de Jalisco, Guanajuato y Baja California asegura haber obtenido también la de Yucatán), sino que alcanzó también el control de la legislatura de Aguascalientes (además de las de Jalisco y Baja California, con lo que domina la política en estas entidades). Adicionalmente, las elecciones municipales de este año le permiten gobernar cuatro nuevas capitales de estado (Guadalajara, Mexicali, Aguascalientes y Tuxtla Gutiérrez), a las que puede agregar hoy Culiacán y Puebla.

Puebla, claro, si lo permite el gobernador Manuel Bartlett, cuya tesis sobre la normalidad del desempeño propagandístico de un gobernador es preciso combatir sistemáticamente. No es verdad que los gobernadores sean uno más de los ciudadanos que mantienen sus derechos a salvo y tengan libertad de expresión política. Un gobernador es titular del Poder Ejecutivo, y los poderes carecen de derechos. Su actividad está regulada por facultades, que deben estar expresas en la ley, para evitar que los gobernantes hagan lo que les plazca, sobre todo en un sistema carente de mecanismos de escrutinio ciudadano. El alarde que de su papel proselitista hace el ex secretario de Gobernación agrega gravedad a su infracción de los principios republicanos que obligan a separar el gobierno del partido oficial. En el pecado, sin embargo, puede el gobernador estar llevando ya la penitencia.

Según encuestas, Acción Nacional puede ganar la alcaldía de la capital poblana, así como la de otras poblaciones importantes. El sostenido crecimiento de la votación panista en esa entidad se ratificó en la elección federal extraordinaria de Atlixco, en abril pasado, y la actuación del gobernador parece haberle servido, en sentido contrario a lo que el Ejecutivo local se propuso. Hoy se sabrá si la sociedad se rinde ante sus desplantes autoritarios o los encara. Por lo pronto, los más importantes grupos de representación empresarial desafiaron al gobernador al invitar a Santiago Creel, el consejero electoral federal que tan ingrato resulta a Bartlett, a una conferencia en la sede poblana del Consejo Coordinador Empresarial, el jueves pasado. La amplia asistencia y la calurosa bienvenida tributada a Creel constituyeron una bofetada al gobernador, lo cual en tiempos idos únicamente comprobaría la distancia histórica entre un político priísta y agrupaciones orientadas al conservadurismo. Pero en los días que corren, de gran vinculación y simpatía entre el empresario y el partido gubernamental, el gobernador de Puebla falta a la ortodoxia de su partido al ser condenado por los principales promotores de la actividad económica en el estado en que se halla de paso.